

Radioteatro

■ UNA de las tantas cosas que se han ido extinguiendo a vista y paciencia nuestra, son los radioteatros. Todavía, de vez en cuando, una radio entrega un radioteatro desvañido que a nadie emociona ni a nadie hace reír. El progreso ha arrasado con ellos, siendo reemplazados por las telenovelas que hasta se exhiben a todo color.

Pero no es lo mismo.

En las telenovelas no hay espacio para la imaginación. El galán y el villano, la pecadora y la virginal ingenua tienen una misma cara para todos los televidentes; la escenografía corpórea y fría no deja paso a la propia creación del escenarista ideal para que se desarrolle la acción.

En cambio, en el radioteatro...

Los efectos especiales que hacía el sonidista nos transportaba a los lugares más disímiles. Si el libreto indicaba que la acción se desarrollaba en una casa de campo o en un salón principesco, nosotros poníamos en nuestra imaginación el lugar campestre con el que siempre habíamos soñado o el salón señorial que nuestra imaginación imponía. ¡Y qué hablar de los protagonistas! Los personajes virtuosos tenían el rostro de los seres que amábamos, mientras atribuíamos a los villanos las facciones de parientes y conocidos que nos desagradaban.

Fernando Podestá y Englantina Sur; Nieves López Marín y Juan Leal fueron parejas de radioteatro capaces de convertirse en los más variados personajes. A través de su voz, podíamos viajar con nuestro pensamiento y atribuirle todas las gracias corporales que quisiéramos. Para ellos, seres excepcionales, no importaba que pasaran los años o que sus figuras engrosaran, mantenían la voz fresca y joven, y nosotros, los oyentes, haríamos el resto.

La muerte del radioteatro, sin embargo, no es un fenómeno universal. Los países con tradición cultural no son como estos nuevos ricos de la Amé-

rica morena que se desprenden con facilidad de sus pertenencias en cuanto el mercado le ofrece otra bagatela más brillante y sofisticada.

En Alemania e Inglaterra, por nombrar a dos países, el radioteatro sigue vivo. Se contrata a importantes y destacados dramaturgos para que escriban especialmente para la radio. Así principió Durrenmatt. Así lo sigue haciendo el dramaturgo más importante de Inglaterra, Harold Pinter. Ellos saben que la libertad que les otorga el medio radial no la concede ningún otro; ellos cuentan con la cooperación de un público pronto a imaginar todo lo que se le sugiere a través de la palabra. Tras la concreción de la imagen, no queda lugar para que el televidente se entregue a la propia ensoñación. El oyente, sí. La más fragorosa de las batallas, el más implacable temporal se puede reconstruir con la ayuda de unos pocos elementos que incitan la imaginación del auditor. En cambio, al televidente se le entrega todo hecho. Y, lo peor, mal hecho.

Quizás, en un par de años más, cuando tengamos los ojos irritados de tanto mirar la pequeña pantalla del televisor, nuestros oídos tapiados de tantos venezolanismos, mejicanismos o colombianismos y nuestra columna con la escoliosis del televidente, decidamos tendernos en la cama, prender la radio y... ¡oh milagro! principiamos a escuchar en ella otras aventuras dramáticas, tan buenas o tan malas como las telenovelas, pero en la que tengamos el derecho y la necesidad de imaginarlas.

Y reconoceremos, entonces, que no todo lo nuevo es mejor y que no hay nada más incitante que ser nosotros los propios directores de reparto, los propios escenógrafos, los propios componentes de la puesta en escena.

Eso era lo que nos entregaba el radioteatro y lo que hemos perdido con las telenovelas.